

"Significación" y "designación" ante el análisis lógico del lenguaje y ante la analogía

I. *El problema que hemos de examinar*

Si el hombre no tuviera más Lenguaje que el de los animales, no habría problema, porque este Lenguaje es meramente *designativo* de hechos singulares, sensibles. Claro está que este Lenguaje tampoco avanza en profundidad: ni hará nunca Ciencia, ni dará nunca un porqué para justificarse. Su misma pobreza es la que elimina los problemas.

Pero el Lenguaje humano no se limita a ser «designativo» de hechos singulares, sino que por el contrario formula juicios, proposiciones sobre las proposiciones, con todo lo cual *significa* algo en profundidad sobre el hecho singular sensible en el que penetra más hondamente, manifestándonos el ser de este ser que antes había captado con una mera percepción sensible y que ahora queda designado. Al decir: «esto es tal», lo coloca dentro de una clase «universal», le da con ello un sentido «necesario» y así este Lenguaje humano avanza en profundidad, construye Ciencias, da un porqué para justificarse o autofundarse. Pero por lo mismo plantea problemas: ¿de qué *objeto* se dice la esencia o Forma o «funtor» («conectivo», «predicado», «operador», etc.) si lo designado ante la experiencia es siempre singular, sensible, cambiante, irrepetible, mientras que lo significado en ella es por el contrario universal, metasensible, necesario e inmutable?

Los clásicos intentos de solución que nos ofrece la historia de la Filosofía, han ocupado toda la gama posible, desde un extremo a otro:

1.º el Lenguaje y la Ciencia son falsos, porque *sólo* «existe» lo singular, sensible, cambiante (Heráclito y todas las orientaciones más o menos en dirección empirista, al modo de Hume);

2.º el Lenguaje y la Ciencia son verdaderos, porque lo que

verdad «existe» es tan sólo el nivel universal y necesario (Parménides y todas las orientaciones en dirección más o menos racionalista);

3.º el Lenguaje y la Ciencia son verdaderos, porque *además* del nivel «existente» de lo singular, sensible y cambiante, también hay otro nivel de Formas o esencias o clases, colocado *separadamente* y que da *consistencia* y unidad al anterior (Platón y el primer período de Husserl);

4.º el Lenguaje y la Ciencia son verdaderos porque *además* del nivel «existente» de lo singular, sensible y cambiante, hay otro nivel separado *totalmente heterogéneo* respecto del anterior, pero que concuerda con él, al modo como la melodía corresponde al surco grabado en el disco de una placa de gramófono (Wittgenstein y el neopositivismo de muchos autores de Análisis lógico del Lenguaje);

5.º el Lenguaje y la Ciencia son verdaderos porque *además* del nivel «existente» de lo singular, sensible y cambiante, decimos que éste radica o expresa *otro nivel más profundo* del «existente», que no se agota con lo sensible en cuanto sensible, sino que es *substancial*, traducido y extendido espacio-temporalmente por sus actuaciones (Aristóteles y la solución de la Metafísica).

Es muy interesante examinar cómo se ha planteado esta problemática ante el Análisis lógico del Lenguaje, que distinguiendo entre término Significante y Designante (o Forma y Materia de la función lógica) ha replanteado con otros términos un problema antiguo y a veces ha pretendido eliminar todo lo que rebasaba su planteamiento, considerando las proposiciones metafísicas como desprovistas de sentido.

II. *La distinción entre Designante y Significante (Sinn y Bedeutung)*

Fue Gottlob Frege (1848-1925) quien en su meritoria labor para estructurar un lenguaje simbólico, distinguió entre lo que podemos llamar «materia» y «forma» del Lenguaje, o si se quiere, «predicado» y «argumento», o sea entre aquello que tiene «Sinn» (papel «designante») y lo que tiene «Bedeutung» (papel «significante»; a veces se ha dicho: «de referencia»).

Nosotros no negaremos a Frege que tienen características muy diversas en el Lenguaje el *Sinn* y la *Bedeutung*: sólo le diremos que en todo *Sinn* hay «algo» de *Bedeutung* que no se puede eliminar y en toda *Bedeutung* hay «algo» de *Sinn*: lo primero *en cuanto tal* no es lo segundo, pero *realmente* también tiene algo de lo segundo y viceversa. Es precisamente esta comunidad radical profunda lo

que nos lleva al nivel último autofundante que es el que la Metafísica con su Lenguaje analógico, propio de las nociones trascendentales, nos expone; nivel analógico en el cual es admisible la autopredicabilidad, a) sin que surjan por ello las Antinomias, b) autofundando así el Lenguaje y el Pensamiento.

Como este párrafo que ahora acabamos de escribir es muy denso de contenido, es preciso explicarlo, como vamos a hacerlo a continuación, examinando para ello críticamente los diversos asertos que presupone.

Si formulo un juicio, como por ejemplo, «este papel es blanco», el sujeto de este juicio tiene un carácter *Designante*, mientras que el predicado gramatical lo tiene *Significante*, al colocar este elemento percibido sensiblemente, dentro de la clase o forma o idea de «blanco», en cuya extensión estarán no sólo este papel, sino también esta pared, esta camisa, este calendario, etc. Así el Lenguaje tiene un modo de ser *descriptivo*, al ir colocando los sujetos percibidos sensiblemente, dentro de las diversas clases que son lo significativo del Lenguaje.

En este caso he tenido una función «terminal». Es decir, en vez de «blanco» podría haber puesto una variable que podría ser sustituida por una clase material cualquiera. Sería verdadera o falsa la atribución, pero tendría sentido. No lo tendría si sustituyese la variable de clase por un verbo o proposición, como «llueve», «graniza», «hace sol». Pero podría formular una función en la cual las variables tuviesen que ser sustituidas no por un término nombre, sino por una proposición o juicio; por ejemplo si digo: «llueve luego cae agua», «si nieva, entonces hay blancura», «llueve y nieva», etc. Aquí estamos en el caso de funciones que ya no son terminales sino proposicionales.

El valor de la función proposicional, es decir, su carácter de verdadera o falsa, depende de los elementos significantes, no de los *Designantes*. Por ello puedo decir: «si p, entonces q; y p; luego q»; o también: «si p, entonces q; y no-q; luego no-p», sin saber qué sustituiré a «p» y qué a «q». Con otras palabras: la función proposicional del silogismo condicional no dice que exista «p» ni que exista «q»: sólo pone en el nivel *existencial* este nexos que expresa el conectivo o funtor o elemento formal o Significante del Lenguaje. Precisamente por ello los estoicos fueron llevados a formular el silogismo condicional; porque mientras la Lógica aristotélica de los Analíticos es la del silogismo categórico (cuyas variables han de ser substituidas por nombres de existentes designados, que son colocados dentro de un Significante o clase) en cambio los estoicos, quizá por cierto desengaño o afán crítico procedente de los de Megara, no querían en pos de Platón atribuir existencia a los elementos Designados sino a los Significantes.

El hecho es que tanto en la Lógica proposicional, como en la

terminal, el Análisis lógico del Lenguaje nos lleva a atribuir la *existencia* precisamente a estos conectivos o funtores o predicados; y tratándose de la Lógica terminal, la verdad importada por el formal del Lenguaje estará precisamente en que se haga la descripción de colocar tal elemento de la percepción sensiblemente existente, dentro de la clase o Significante, que es aquello a lo que el Lenguaje formal atribuye existencialidad. Lo mismo diríamos de todos los otros conectivos o funtores o elementos formales que son Significativos en el Lenguaje: los términos llamados en la Metafísica, «transcendentales» (como «Ser», «Existir», «Uno», «Verdadero», etc.) importados precisamente por ser transcendentales en todos estos elementos formales, tanto si digo «es», como si digo «implica», «y», «excluye», «o bien», etc.

Después de estas breves nociones del Análisis lógico del Lenguaje, ahora salen espontáneamente a flor las dificultades de que hablábamos al principio, puestas de relieve por el Neopositivismo de algunos analistas del Lenguaje; dificultades que en el fondo requieren una explicación y una solución.

III. *Las objeciones que provienen del dualismo entre Significante y Designante*

Con lo que acabamos de decir quedará ahora la objeción claramente formulada así: 1.º la dificultad del Lenguaje proviene precisamente de que tomamos aquello que sería meramente Significante, como si fuera Designante; es la dificultad platónica que al tomar el Universal como si fuera designado, lo colocara a modo de universal existente; 2.º si por el contrario separamos dos niveles heterogéneos, de modo que el lenguaje atribuya al conectivo terminal de clases: «es» (lo mismo que a los conectivos proposicionales «luego», «y», «o», etc.) un papel Significante, y nada más que Significante o descriptivo, entonces quedará eliminada la problemática del platonismo, que daba existencialidad a las Ideas o clases; también quedará eliminada la Metafísica, que era una instancia ulterior de solución al problema platónico; 3.º en su lugar quedarán sólo dos dominios: de un lado meros «hechos», no cosas; y de otro lado estas «estructuras» lógicas (como serán también estructuras las leyes físicas, químicas, etc.) De ahí brota la raíz última del llamado «estructuralismo».

Si queremos formular lo que hemos dicho con palabras de Ludwig Wittgenstein en los tiempos de su juventud (pues cuando escribió sus escritos póstumos ya había abandonado estas posiciones primeras, como insostenibles) diremos lo que está en su famoso *Tractatus logico-philosophicus*: «Lo que cada Imagen, de cualquier manera como lo sea, debe tener de común con la realidad, para que

en general pueda —verdadera o falsamente— representarla, es la Forma lógica, esto es, la Forma de la realidad» (1), de suerte que esta es la representación o imagen: su Forma lógica (2); y cada imagen es imagen lógica (3).

Se advierte en seguida hasta qué punto L. Wittgenstein ha sido con esto inspirado por los escritos de G. Frege (como reconoce él mismo en el prólogo de su *Tractatus*); no solamente se inspira en G. Frege, sino que toma sus ideas fundamentales y las lleva con extremismo hasta construir toda una «metafísica antimetafísica»; si vale esta expresión paradójica.

Hay, pues, según esto, un dualismo de niveles de Lenguaje, con dos dominios heterogéneos: el de los hechos existentes y el de las Formas lógicas que los expresan o formulan.

Al decir que son heterogéneos, hay que precisar bien en qué sentido lo dicen algunos analistas, para no exagerar el dualismo, ni disminuirlo por debajo de lo que dicen:

1.º son dos dominios heterogéneos en el sentido de que las Formas (clases, conectivos, etc.), no *están* en la realidad existente, ni al modo de Platón, ni radicados en ella de manera que *expresasen su cambio interno* (digamos, si gusta la expresión, metasensible);

2.º pero no son heterogéneos como si no hubiese ninguna correspondencia, antes al contrario, podemos ir *describiendo*, explicitando, la realidad de los hechos existenciales, mediante todo el dominio de las Significaciones.

Con esto, como se advierte, queda descartada la Metafísica. Es verdad que aquellos tiempos en que R. Carnap (discípulo personal de G. Frege) hablaba de la *Überwindung der Metaphysik* ya son tiempos superados y hoy día ya no se atreverían comúnmente los analistas de mayor prestigio a afirmar que las proposiciones de la Metafísica son proposiciones carentes de sentido; pero dirán que ellos no hacen Metafísica y no ofrecerán medios para justificarla partiendo de sus propios análisis.

Por esto es muy interesante examinar las razones de este repliegue; y también examinar si es verdad o no que ellos no hacen Metafísica, porque quizá sin advertirlo tienen otra clase de Me-

(1) WITTGENSTEIN, Ludwig: *Tractatus Logico-Philosophicus*. With an Introduction by Bertrand Russell, F.R.S. London 1933; propos. 2.18: "Was jedes Bild, welcher Form immer, mit der Wirklichkeit gemein haben muss, um sie überhaupt —richtig oder falsch— abbilden zu können, ist die logische Form, das ist, die Form der Wirklichkeit".

(2) *O.c.*, n. 2.181: "Ist die Form der Abbildung die logische Form, so heisst das Bild das logische Bild".

(3) *O.C.*, n. 2.182: "Jedes Bild ist auch ein logisches (dagegen ist z.B. nicht jedes Bild ein räumliches)"; 2.19 "Das logische Bild kann die Welt abbilden".

tafísica subrepticia; finalmente interesa ver si a partir de sus datos iniciales puede justificarse o no el paso a la posición de la Metafísica.

IV. *Consecuencias del dualismo entre Significante y Designante para el Lenguaje sobre Dios*

Las consecuencias que de este dualismo se derivan, son formuladas claramente por Michel Combès en su libro reciente, que hemos comentado en otro sitio (4) y reseñado en estas páginas (5). La objeción es formulada así: «Cuando se habla de Dios como siendo la Verdad, el Bien, el Ser, la Unidad, se confunden los dos dominios, pues se escribe un signo de identidad entre la designación de una *realidad* [con esta palabra quiere decir: «existente»] y la designación de una *significación*, de un concepto. Dicho con otras palabras: se cosifican ideas» (6).

En este caso no solamente se cometería el yerro de tomar el dominio de las Significaciones (universal, ideal) como si fuera el de las Designaciones (existentes, singulares) sino que además requeriríamos nociones que de suyo forzosamente habrían de ser analógicas para hablar de Dios; pero las tomaríamos del dominio de las Significaciones, que es por el contrario unívoco (ya que el valor de una función, para que sea ley, no depende de la materia que se sustituya a sus variables).

En efecto, las nociones llamadas «trascendentales» están importadas en cualquier otra noción: tal es la de «ser», «existir», «unidad», «verdad». Por esto precisamente estos autores no quieren llamar «existente» al individuo que captamos sensiblemente: lo llaman de otro modo, por ejemplo, «real»; en cambio dan «existencia» a este dominio de Significaciones; «existencia» que no sería, claro está, la que se toma al modo de las Ideas platónicas en un cielo cósmico, sino con la «existencia» que tiene por ejemplo una fórmula consistente y demostrada en matemáticas.

Ahora bien, al hablar de Dios no como de un sujeto «que tiene» existencia, «que tiene» unidad, «que tiene» verdad, «que tiene» ser, etc. (como hacemos en las funciones terminales al dar

(4) COMBÈS, Michel: *Le Langage sur Dieu, peut-il avoir un sens?* Publications de l'Université de Toulouse-Le Mirail, ser.A., vol. 24. Toulouse, Assoc. Publ. Univ. Toul. 1975. Véase mi estudio con un análisis más literal del contenido de esta obra en la revista "Selecciones de Libros" (Facultad San Francisco de Borja, Barcelona), vol. XIII, n.º 25 enero-junio de 1976.

(5) Véase la recensión de esta obra en "Espíritu" 24 (1975), 158-164.

(6) *O.c.*, cap. I, pág. 34.

las descripciones de las clases a que pertenece un sujeto) sino al hablar de El como «el existir», «la unidad», «la verdad», etc., aquí además de atribuirle como a dominio *existencial*, un dominio *significante*, se lo atribuiríamos sin Analogía (y entonces no valdría para Dios, Causa Primera e Infinita) o con Analogía (y entonces no podría admitirse en el Lenguaje formal, cuyos conectivos son siempre unívocos, como acabamos de decir, y en los cuales se contienen siempre las nociones transcendentales).

Por esto añade: «Es preciso, pues, admitir que conceptos como los de *existencia*, o de *verdad*, o de *bien*, también ellos son unívocos, hasta si su composición con diversos contenidos puede expresar experiencias [...] de órdenes muy diferentes, quizá hasta sin medida común» (7). Por tanto, si estos conceptos «transcendentales» son unívocos, no podremos atribuirlos para hablar de Dios mediante ellos, y si no son unívocos no entran en el Lenguaje formalizado.

Podría oponérseles una dificultad: la dificultad que se les opondría sería que estos autores emplean analógicamente la palabra de «existencia» cuando dicen por ejemplo que «Sócrates existe» o cuando dan existencia a la fórmula «1/2 ba». A esto responden que no se trata de que *una misma noción* (la de «existencia») tenga un sentido analógico cuando se atribuye ya a uno ya a otro, sino que aquí hay dos órdenes heterogéneos, que en nuestra terminología tomística diríamos que serían «equivocos»: «Nada hay aquí que dé lugar para una teoría de la Analogía. Es la ley del todo o nada; o bien se designa una realidad, o bien no se designa una realidad; no hay más o menos real. Y si volvemos a la cuestión de la existencia, *no tenemos dos sentidos para la existencia, sino dos dominios*» (8).

En consecuencia la respuesta que esta teoría da a la pregunta sobre si podemos con nuestro Lenguaje conceptual hablar de Dios, es negativa: «Si queremos resumir la doble crítica que suscita cierta manera de hablar de Dios, diríamos que por una parte *transforma lo lógico en real* [por «real», entiende lo que comúnmente llamamos «existente»] haciendo del *uno*, del *ser*, del *verdadero*, la realidad suprema. Y que por otra parte usa conceptos formales [es decir, que habrían de ser «designativos»] como conceptos *descriptivos*. Dicho con otras palabras: a la vez olvida la cesura que hay entre lo *lógico* y lo *real* [= existente]; y en el seno de lo lógico, la cesura entre la *forma* y la *materia*» (9).

(7) *O.c.*, *ib.*, p. 46.

(8) *O.c.*, *ib.*, p. 48.

(9) *O.c.*, *ib.* p. 26. Los subrayados son míos.

V. *Examen del dualismo del Neopositivismo derivado del Análisis lógico del Lenguaje en algunos autores*

Si ahora nos adentramos un poco en el examen crítico de estas teorías, nos es preciso notar ante todo un punto de la mayor importancia. Es éste: que en tanto estas teorías pueden afirmarse, en cuanto mantengan consecuentemente un dualismo radical en el sentido dicho: de un lado el dominio de los hechos dados por los términos Designantes y de otro lado el dominio de lo que nos ofrecen los Significantes.

Precisemos bien qué quiere decir esto del «dualismo radical». No quiere decir que mediante uno de estos dos dominios no podamos *describir* el otro (porque este es precisamente el único sentido en que habría coincidencia o paralelismo entre los dos dominios). Quiere decir la expresión «dualismo radical» que hay *equivocidad* entre la existencia designada y la existencia significada; no se pasa por el pensamiento de uno a otro; no los abarca la unidad representativa de la noción analógica de «ser».

Con otras palabras: el conjunto de términos Significantes, *no expresan un cambio* que se realice existencialmente en lo interior de lo Designado que existe.

Advertir esto último es de la mayor importancia. Porque si digo por ejemplo: «Este vaso A de agua», «Este vaso B de agua» - «ahora son vasos *fríos*» pero «ahora son *calientes*», al colocarlos mediante la descripción Significante dentro de la «clase» universal de los «fríos» o «calientes», no habría hecho *nada más* (advírtase bien: nada más) que dar una *descripción*; no habría expresado que intrínsecamente dentro de la realidad existencial haya habido un *cambio* o *movimiento* de fríos a calientes. Pues si expresase que ha habido un cambio, entonces ya atribuiría al predicado «caliente» un sentido que no sería meramente el Significante (declararlo incluido en la «clase de los calientes») sino un sentido Designante: habría dado a mi Lenguaje cierta «reificación» o «cosificación» de los Universales.

¿De qué manera?, ¿del modo platónico que colocaba un «calor en sí», separado del mundo existencial-sensible-cambiante, del cual «participarían» en diverso grado los individuos «este vaso A», «este vaso B», etc.?

La solución de la Metafísica admite una radicación en la realidad existencial: pero no al modo platónico. Es fácil advertir que hay un término medio entre lo que sería por un lado la posición que cosifica los universales *en cuanto universales*, al modo platónico, y lo que sería por otro lado negar *toda* existencialidad a los universales. Este término medio es precisamente el de la Metafísica aristotélica.

La Metafísica aristotélica va ante todo a rechazar el relativismo escéptico (que no podía mediante el Lenguaje «significar» nada *fiijo*, precisamente por suponer que la realidad existencial fuera un puro Hacerse, el del nivel empírico, sensible); rechazada la noción de una verdad puramente relativista, como contradictoria, ha de admitir aquello que le da universalidad y necesidad, o si se quiere, la unidad de la Verdad: y como esto no se halla (como acabamos de decir) en el nivel que fuese *meramente* empírico, sensible, que es irreplicable, sólo singular, entonces consecuentemente admite que la realidad existencial es más profunda que esta mera traducción accidental, superficial, o empírico-sensible; es decir, que es *substancial*. Es decir: la realidad que nos es dada a nuestra experiencia, tiene raíces metasensibles. La realidad existente no son «meramente hechos» sino que es aquello «*que existe en sí*» y va manifestándose a nivel sensible mediante estas determinaciones «*con que existe lo que existe*». «Existir», «ser», se dirán no sólo de la plenitud de «*lo que*» *es* sino también de aquello «*con que*» *es* lo que *es*: los accidentes no son propiamente ὄν sino ὄντος ὄν.

Es este nivel más profundo por el cual lo que existe permaneciendo verdaderamente «el mismo» va cambiando haciéndose en parte «otro» es el nivel de los principios metasensibles del sensible: potencia-acto. Por tanto, en vez de explicar la universalidad y necesidad de la Verdad (o sea: del Lenguaje y Ciencia) al modo platónico, que admitiría unas Ideas separadas, por el contrario infiere que la realidad existencial tiene raíces metasensibles: «yo existo» no permite que «yo» me agote con este acto que ahora me manifiesta empíricamente, sino que soy «aquel sujeto substancial, existente en sí como substancial, que va manifestándoseme conscientemente con este acto con que digo ahora yo existo, yo pienso, yo siento...»; y lo mismo ante los demás: si yo no soy para ellos nada más que el conjunto de elementos sensibles (fotones luminosos, ondas sonoras, presión táctil, etc.), con que ahora me manifiesto fácticamente, entonces desapareciendo todo ello, «yo no seré mañana «yo». Si el contenido existencial al decir «yo existo» no fuera más que este nivel en cuanto *meramente* empírico-sensible, entonces con toda verdad en vez de decir «yo pienso, luego existo», habría que decir: «yo pienso, luego no existo» (10), ya que el término de «existencia» no sería más que un término Significante que no expresaría una realidad existencial del sujeto Designado.

Por tanto, no podemos decir «es» de una manera puramente

(10) Véase mi estudio: *Traducción al nivel humano del tecnicismo de la Ciencia y Filosofía*. "Espíritu" 20 (1971) 16-28 y el siguiente: *Filosofía de la Ciencia física y Filosofía de la realidad física*. "Espíritu" 20 (1971), 34-49.

unívoca, como sería si tan sólo fuese un conectivo o funtor terminal que colocase un «x» dentro de la existencia de la clase universal de «existentes»: hemos de admitir que decimos «es» de una manera *analógica*, pues el «es» también consigna lo Designado como «aquello *que* existe» (y en este sentido es llamado *acto*) pero existe de tal manera que su «ser» en parte «es ir a ser», «ir siendo», «manifestándose sensiblemente con tales accidentes o cualidades», «mudándose o cambiándose con ellos», etc. (y en este sentido es llamado *potencial*). Se dice, pues, «es» analógicamente, porque no sólo se dice del que «ya es» (*acto*), sino también «es» el que «en parte es ir a ser» (*potencial*). Dentro de esta plenitud de Análisis de Lenguaje, sí, puede admitirse que hay cambio o movimiento en la realidad existente, de modo que permaneciendo «el mismo» (y por tanto, justificando la universalidad y necesidad de predicaciones: es decir, del Lenguaje y de la Ciencia) sin embargo se hace en parte «otro»: caliente, radiante, moviente, etc.

Podríamos decir que por el «fenómeno», se manifiesta —*φαίνεται*— el «pensable» o «nómeno». Pero desde aquí las consecuencias nos llevarán más lejos: no solamente diremos que la realidad existencial es «substancial», sino también que en un nivel más radical y profundo, la absoluta universalidad y necesidad consignificadas por el «es» del Lenguaje (ya que «*absolutamente* lo que *es*, en cuanto *es*, excluye no-ser») exige la radicación en un Existente absolutamente Necesario, que fundamente todo el horizonte sin fin, del Ser (11). Esta es, en líneas generales, la solución que aportará la Metafísica, solución que sin cosificar las clases universales al modo platónico, no obstante las hace radicar en la realidad existente, dando a todo *Sinn*, algo de *Bedeutung* insuprimible.

Si por el contrario uno niega esta solución que es la Metafísica, entonces no podrá admitir que el Lenguaje signifique «cosas» que existan sustancialmente y que intrínsecamente cambien (ya que el cambio no consiste en aniquilarse y crearse totalmente de la nada, sino en que «el mismo» se haga en parte «otro»). Entonces si uno no quiere admitir la posición escéptica, por contradictoria, ni la posición idealista, por insostenible, caerá en la del neopositivismo.

Pero dentro de este marco del neopositivismo, que ya hemos indicado, habrá que admitir el dualismo radical que antes describíamos. No en el sentido de que mediante un nivel no podamos ir

(11) Lo expuse con mayor detención en: *Fenomenología de las Formas y Filosofía de las Matemáticas a través del Comentario de Tomás de Aquino a la Metafísica*. "Pensamiento" 30 (1974), 251-288; *Un capítulo de Filosofía del Lenguaje: la Metafísica de Sto. Tomás y la trascendencia del pensamiento planteada por la Fenomenología*. "Espíritu" 23 (1974), 131-147.

«meramente describiendo» los hechos que se darán existencialmente en el otro nivel de naturaleza heterogénea, sino en el sentido de que ambos niveles meramente concordarán entre sí, sin expresar uno la naturaleza íntima del otro en nada: no se dirá «existir» analógicamente de ambos, no habrá unidad del «ser» para pasar mediante términos Significantes, del uno al otro.

VI. *El dualismo radical del Neopositivismo es una posición incoherente.*

A) Es incoherente la posición que el Neopositivismo ha deducido del Análisis lógico del Lenguaje: ante todo por la razón de que *no explica el porqué de la coherencia entre los dos dominios* o niveles que fueran existencialmente heterogéneos entre sí.

Si dentro de unos años descubren los naturalistas un pez abisal en el fondo del Pacífico, no dudarán en examinarlo bajo su microscopio, ante su pantalla de rayos X, en los tubos de análisis químico, etc. ¿Cómo sabe el científico, antes de iniciar su estudio, que concordarán sus Leyes de Lenguaje científico, con la realidad que explorará? Si le digo al científico: «no examine Vd. este pez abisal recién descubierto, porque se encontrará que cualquiera de sus partes a la vez «es» y «no-es»; es «esto» y «no-esto»; «produce» y «no-produce» tal efecto, etc.», si le dijese esto, sin duda el científico me miraría fijamente preguntándome si estoy bien de la cabeza por dudar de ello. Entonces, ¿cómo sabe Vd. tan firmemente que debe haber» concordancia entre sus términos Significativos de Lenguaje científico y los Designativos de lo existencialmente sensible?

La radicación de ambos en un estrato más profundo, el que llamamos «substancial» es el que da la fundamentación a esta universalidad o constancia de predicación, da la unidad; ya que siendo «ser», y brotando de cualquier ser «sólo por cuanto es ser» su «unidad» o exigencia de «no poder no-ser en cuanto sea», con la misma absolutez con que a todos trasciende la noción de «ser», con ella habrá esta *radical* «inteligibilidad» o Verdad transcendental; pero entonces esta exigencia absoluta hace que los dos niveles, el Designado y el Significado, estén radicados en la realidad substancial o metasensible. Pero esta solución, que es precisamente la de la Metafísica, ya excluye el neopositivismo, excluye dos dominios y su dualidad heterogénea.

B) No solamente no explica el Neopositivismo la coherencia de estos dos niveles de Lenguaje, sino que tampoco explica *nuestras evidencias más inmediatas*.

Porque si a las once de la mañana yo digo: «Todo europeo es hombre»; a las once y cinco segundos, añado: «todo hombre es mortal»; para que a las once y diez segundos concluya: «luego...»,

«por consiguiente...», no basta que el sujeto que pronuncia este tercer aserto sea una concomitancia o resultancia descriptiva descubierta por otro distinto del que ha pronunciado los dos primeros juicios; porque para decir «luego...», «por consiguiente...» se requiere que *el mismo* que ha visto A haya sido el que ha visto B; y sólo así podrá *ver* la inclusión para pronunciar el «luego...», «por consiguiente...» del C. No puedo yo sacar una conclusión de una premisa mayor que vio mi abuelo y de otra premisa menor que vio mi padre, si no soy «yo mismo» quien ve ambas.

Pero admitir esto ya es admitir el cambio y por tanto todo lo que hemos venido diciendo.

C) Además el mismo acto con que el Neopositivismo *niega la radicación de ambos niveles* en un nivel más profundo o metafísico, de suerte que los términos Significantes no fueran Designantes, sino meramente descriptivos, es un acto que implícitamente ya está diciendo esto no como una mera Descripción de la realidad existencial Designada, por nuestro Lenguaje humano, sino que supone *la radicación de esta Descripción significativa, en lo íntimo de lo Designado* (que es el Lenguaje humano como hecho existente y la realidad cósmica existencial): pues si no fuera así, ¿por qué entonces niega él que mañana la descripción del Lenguaje pueda quizá ser totalmente diversa?

Es algo semejante a lo que destruyó el idealismo absoluto del primer tercio de este siglo: si el idealista dice: «la mente no alcanza nada *en sí*, sino *meramente* en cuanto *representado*», esto lo ha de haber dicho de la mente «en sí», para que su aserto diga algo; pues la mente «en cuanto *meramente* representada» cuando piensa en ella, no puede representar nada, ni alcanzar nada, ni pensar nada. Es decir, que el idealista que pretendía pronunciar un aserto para destruir el realismo, lo pronunciaba con sentido precisamente por presuponer este realismo en el acto con que lo negaba.

De modo semejante: así como no admitimos que se nos presente un mendigo que nos diga: «una limosna para un pobre mudo». Esto no lo admitimos, porque si dice que es mudo, ya no es mudo y no merece limosna; y si es mudo no puede decírnoslo. Tampoco puede el neopositivista decírnos con su Lenguaje humano, corriente, ordinario, el que le servirá para estructurar su Lenguaje formalizado: «no hay un *es* que unifique todos los niveles de Lenguaje con una Significación que a la vez sea Designativa»; porque al decir esto ya ha captado un *es* en que convienen ambos niveles, pues de lo contrario no habría dicho nada.

El mismo acto de negar la Metafísica, ya es un acto metafísico. Lo cual no es un descubrimiento nuevo, pues ya Aristóteles en su Protréptico nos dijo que hasta para negar la Filosofía hay que filosofar.

VII. *Fundamentación ulterior: la autopredicación*

Todavía podemos llevar más lejos nuestra investigación, pues además de mostrar de un modo negativo que no es coherente la posición del Neopositivismo y que no puede negarse la Metafísica, podríamos ahora examinar positivamente si nos da la Metafísica esta última justificación del Lenguaje, expresión del Pensamiento y formulación de las Ciencias; y por qué nos da esta fundamentación.

Aristóteles al enfrentarse en su Metafísica con la posición relativista del escéptico que declara: «dudo de todo», le muestra que esta posición se autodestruye; pues requiere una *universalidad* que la envuelve a sí misma, con lo cual se autodestruye: «si dudas de todo, también dudas de que dudes de todo (y entonces no has dicho nada firme, por hipótesis) y si lo has dicho sin dudar de que dudes, ya no dudas de todo (y entonces es falso que dudes de todo)». Si el relativista-escéptico exceptúa «algo» de su duda (su misma posición) entonces ya ha de fundamentar este «algo» y el porqué de este algo y el porqué de este porqué, en una cadena sin fin, que también destruye esta modalidad de relativismo-escéptico parcial.

Ahora bien, si observamos bien qué es lo que está contenido en el fondo de esta argumentación aristotélica, advertiremos que es la *autopredicación propia de la captación del «ser»* frente a la imposibilidad de tomar como nivel último omnifundante, la *heteropredicación propia de una zona cualquiera de Linguae formalizado*, bajo pena de que surjan las Antinomias o paradojas lógicas que hacen tambalear este Lenguaje formalizado.

Podríamos enunciarlo con el tecnicismo de nuestra Metafísica, diciendo: la Verdad *transcendental* admite y fundamenta la autopredicación universal y necesaria; la Verdad *predicamental* (o verdad lógica) no puede admitir de un modo universal la autopredicación, porque por hipótesis no toca a «todo» ser, sólo por cuanto es «ser», y por tanto tomando como último un nivel que no lo es, caerá en la contradicción de las Antinomias, o bien excluirá el nivel de la autopredicación (pero no dará entonces, la fundamentación última).

En nuestro psiquismo humano es patente la que llamamos «reditio» o «reflexio»: mientras el animal sólo «se da cuenta», el hombre «se da cuenta de que se da cuenta». La simplicidad del principio pensante (que es precisamente uno de los elementos para empezar a superar el materialismo poniendo el pensamiento como superior irreductiblemente a la sensación) hace que el hombre al Designar un dato de sensación, por ejemplo, «este papel blanco»,

pudea volver sobre sí, dándose cuenta de que se da cuenta y con ello puede tomar «el blanco *en cuanto blanco*», es decir, «prescindiendo» de lo demás: esto ya es «la blancura», el universal de la «clase» de los blancos por tener blancura.

No estaba lejos de aquel Husserl de los mejores tiempos, esta concepción. Lo malo fue que Husserl se detuvo aquí, sin sacar las consecuencias que en nuestra Filosofía aristotélico-tomista sacamos. Estas consecuencias nos forzarán a deducir: 1.º no solamente que está *radicado* en lo existente Designado el universal «blancura», 2.º sino además que no puede estar ahí *formalmente* como tal (ya que es el pensamiento humano quien ha hecho esta reflexión o redición o abstracción), 3.º pero que requiere que se dé *a otro nivel* un Existente, cuya Infinitud y Necesidad fundamente la absolutez con que decimos «ser», base de la autopredicación del Pensamiento y Lenguaje humanos.

Quien piensa (o sea que interiormente se habla a sí mismo) «piensa que piensa»: ahí está la autofundamentación crítica, precisamente por esta capacidad de autopredicación. Es falso que no piense, pues reflejamente advierte que «piensa que piensa». Precisamente esta «reditio» o «reflexio» que lo fundamenta críticamente, es también lo que le da la base para abstraer, es decir, universalizar, de modo que capta el hombre como noción suprema: «lo que *es*, en cuanto *es*, no puede *no-ser*» con una absolutez independiente de cualquier condición contingente.

Es este nivel más hondo el que permite sin contradicción ni antinomias, la autopredicabilidad: «pienso con verdad que pienso con verdad». Así como «ser» es absolutamente trascendente, también su «unidad» lo será y por consiguiente la «verdad» (o «inteligibilidad»); por consiguiente es obvio que en este nivel de la Metafísica sea clásica la cuestión de que «el ser trasciende sus modos, fundando así la autopredicación del Lenguaje ordinario y del reflejo que lo fundamenta filosóficamente: la clase suprema es «ser» pero los modos de «ser» también son «ser»; desde luego analógicamente, claro está; pero sólo así puede sin Antinomias resolverse la antinomia lógica de la clase suprema, que no se resuelve si se pone como nivel supremo un nivel inferior, unívoco, que es el formalizado.

Es decir, el Neopositivismo si es examinado a fondo, nos conduce a superarlo mediante el nivel más profundo de la Metafísica.

VIII. *La Analogía*

Si en este nivel supremo que es el del «ser» un mismo término puede ser a la vez funtor y argumento del funtor, esto requerirá que se tome su significado como expresando un sentido que

en parte es el mismo y en parte diverso: es la Analogía que no se da en el Lenguaje unívoco formalizado.

Colocándonos en la hipótesis de que un término expresase *sólo* la Forma (es decir, un universal en cuanto universal) entonces cabría un sentido solamente unívoco al atribuir varias veces esta Forma. Digamos: sería como si sólo hubiese *Sinn*, pues la *Bedeutung* no se referiría más que a sujetos con la existencialidad «ideal» de las esencias (como por ejemplo, si digo «triángulo», ya del isósceles, ya del escaleno) y por tanto habría univocidad, no Analogía. Pero si el término que significa una Forma, también consigna el Sujeto que la tiene, entonces aquella forma puede estar poseída por uno *con una plenitud*, y por otro Sujeto *con otra plenitud*: la expresión «no decía» (ni afirmaba, ni negaba: prescindía) esta determinación ulterior. Entonces al atribuir aquella Forma a dos Sujetos, se les atribuye algo que poseen de modo en parte diverso: podrá haber Analogía, como si digo «existe» del color y de la curvatura de este papel, o si digo que «existe» este papel coloreado de blanco y además curvo: no se dice de ambos con igual plenitud.

Por esto la noción de «existir» o «existencia» es (como la de los otros transcendentales) una noción análoga. Siempre que se expresa una noción no-contradictoria, está embebida en ella la Existencia; aunque sólo consignificando en qué grado o plenitud está poseída por aquel sujeto.

Si deduzco una «entidad matemática», en cuanto no importa contradicción y la demuestro, tiene «su» existencialidad; una noción que exprese un contenido «meramente posible», como por ejemplo: «el primer hombre que nacerá el año próximo» la contiene como posible (o «aptitudinalmente»); si se trata de un sujeto existencial, la tendrá «actualmente» (no sólo aptitudinalmente) pero con toda la diversidad de casos, pues de un modo conviene el «existir» a los coprincipios que sólo con-existen (curvatura, movimiento, figura, color, etc.) y de otro modo, con mayor propiedad, a la substancia completa producida, que es con plenitud «aquello que existe» («id quod habet esse», dice Santo Tomás), por ejemplo «yo pienso, yo siento, yo amo»; y dentro de lo que existe actualmente con esta plenitud substancial, de una manera podremos decir que «existe» de un ser creado que tiene identificada consigo su existencia, pero sólo «condicionalmente» (*si* es producido; *si* es conservado; *si* es tal grado: como vegetal, como sensitivo, etc.) y de otra manera lo diremos si aquel Ser es «el mismo Existir *actualmente*», Dios, cuya Esencia es precisamente estar ya determinado a todo el horizonte sin fin del «Existir», de modo que así no sólo se autofundamenta, sino que también fundamenta el horizonte sin límites del ser y de su verdad.

Es interesante observarlo porque hay autores de Análisis lógico del Lenguaje que dicen: la existencia, como noción trascendental, se halla contenida en cualquier conectivo o funtor; por tanto se expresará unívocamente (como la Forma de toda función) y por tanto tampoco podrá tener un papel Designativo para hablar de Dios.

Después de lo que hemos examinado en el presente estudio, ya se advierte que esta manera de pensar no es acertada. Porque esta noción de «existencia» —como los otros trascendentales— sería una noción unívoca *si este nivel formalizado fuese el nivel último* de Lenguaje, nivel que fuera autofundante y omnifundante; pero precisamente hemos visto que no es así. Ni siquiera puede explicar por qué razón tiene sentido y coherencia en el Lenguaje ordinario la autopredicación, que evita aparezcan en este nivel las antinomias lógicas, Lenguaje con el cual estructuraremos y formularemos el Lenguaje formalizado, unívoco, en el cual no se pueden admitir ni la autopredicación (que ocasionaría las Antinomias lógicas), ni el uso de términos analógicos (los trascendentales) que son el nivel metafísico fundamental.

En el Lenguaje más radical, que es autofundante y omnifundante, todo *Sinn* tiene algo de *Bedeutung*, decíamos; o bien, todo término *Designante* tiene algo de *Significante*. Siempre está importado —ya de un modo, ya de otro— un *Sujeto* con aquella Forma, dentro de la diversidad de matices con que esta Forma sea poseída por aquel Sujeto, es decir, con Analogía.

Entonces al decir de Dios que «es» el Existir (o bien que *es* «el Ser», «la Verdad», etc.) no cometemos ningún salto ilegítimo, sino que lo designamos expresando que se trata aquí de un Existir que no es meramente «precisivo», como en cualquier Forma de nuestro Lenguaje, sino que se trata aquí de un «Existir» *actual* y sin *ninguna limitación* o potencialidad, de modo que nosotros expresamos este contenido a manera de Forma de Lenguaje por la razón de que nuestro conocimiento no es intuitivo del Necesario, Dios, pero que en realidad para un entendimiento que lo fuera, esta Forma no sería con igual propiedad Forma o término Significante, sino Designante.

Nos encontramos con que de esta manera hallan su fundamentación el Lenguaje y las Ciencias, porque su universalidad y su necesidad, requeridas para excluir el relativismo autodestructor, están justificadas. De este modo se comprende por qué podemos decir: «el nivel A (empírico) *es* coherente»; o de otro Lenguaje, «el nivel B (de ciencias naturales) *es* coherente»; o bien «el nivel C (matemático) *es* coherente», etc., dando a todos ellos una unificación suprema con este «es», sin el cual ni siquiera podríamos decir que no podemos decirlo, pues habríamos captado

que «*es* aquello de que no podemos decirlo» (y ya destruiríamos nuestro anterior aserto) o no lo habríamos captado (y entonces, por hipótesis, ni siquiera podríamos decirlo): de todos modos es el hombre quien por serlo, expresa con su Lenguaje esta maravillosa hondura fundamental.

Tal es la dimensión profunda y amplísima del Lenguaje humano, cuya fundamentación nos lleva hasta sus raíces plenamente trascendentes.

Juan ROIG GIRONELLA, S.I.